

encima; más fácil hubiera sido taladrar el techo que atravesar la muralla humana apiñada en los peldaños de la escalerilla.

— ¡Dejen Vds. pasar helados para las señoras! gritaba Rival.

Cincuenta voces repitieron:

— ¡Helados! hasta que al fin apareció una bandeja pero con los vasos vacíos, pues en el camino habían sido desocupados.

Una voz aulló:

— Aquí se asfixia la gente, que concluya esto pronto y vámonos.

Otra voz gritó:

— ¡La colecta!

Y todo el público repitió jadeante pero alegre:

— Sí, sí, la colecta... la colecta...

Seis señoras empezaron á circular entonces por entre los asientos y se oyó un ligero ruido de dinero que caía en las bolsas que las damas presentaban.

Du Roy indicaba á Mme Walter los hombres célebres. Unos eran muy conocidos en sociedad, otros eran periodistas, y entre ellos había algunos de los periódicos más importantes, de periódicos antiguos y caracterizados. Esos miraban con parsimonia á *La Vida Francesa*. ¡Habían visto morir tantas de esas publicaciones polícofinancieras, producto de combinaciones de carácter sospechoso á las que la caída de un ministerio dejaba aplastadas para no levantarse! Veíanse también pintores y escultores, generalmente hombres de sport, y Du Roy indicó á la señora de su director un poeta-académico, dos músicos de renombre y buen número de nobles extranjeros respecto de los cuales hacía preceder su nombre propio, de la partícula « Rasta » para

imitar, decía el periodista, á los ingleses que ponen « Esq » en sus tarjetas.

Uno de los asistentes saludó á Du Roy en voz alta:

— Buenas tardes, querido amigo.

Era el conde de Vaudrec. Du Roy se excusó con las señoras y se acercó á dar la mano al conde.

Cuando volvió á reunirse con las señoras, tuvo para él una frase amable:

— Es un hombre encantador, Vaudrec. Cómo se ve en él al hombre de buena cuna.

Mme Walter no respondió nada. Hallábase un tanto fatigada y su seno se levantaba penosamente á cada soplo de sus pulmones, lo cual fijaba la mirada de Du Roy, quien de tiempo en tiempo se encontraba con la mirada turbada y vacilante de Mme Walter. Y al notar cómo la posaba sobre él para retirarla en seguida, se decía:

— ¡Calla... calla! ¡es posible que así la haya yo soliviantado á esta señora!

Las damas que hacían la colecta pasaron junto á ellos con las bolsas llenas de plata y de oro.

Un nuevo cartel apareció colgado junto á la plataforma: « Grrrran sorpresa », decía.

Los miembros del jurado volvieron á ocupar sus sillas y el público esperó unos instantes.

Dos señoras se presentaron en escena con un florete en la mano, en traje de sala de armas, vestidas con calzón oscuro de punto y una falda cortísima que sólo les llegaba á la mitad de los muslos. Sobre el pecho llevaban un peto tan abultado y tieso que les obligaba á llevar la cabeza alta.

Jóvenes y bonitas ambas, saludaron sonrientes al público, que las premió con aplausos prolongados y aclamaciones ruidosas.

En medio de rumores galantes y de bromas de los hombres dichas al oído, se pusieron en guardia. Los jueces contemplaban con amable sonrisa el ejercicio y aprobaban con un ligero « bravo » los diversos lances del combate.



El público también por su parte apreciaba aquel asalto, atestiguando á las dos combatientes que si en los hombres encendían el deseo, despertaban igualmente

en las mujeres ese gusto natural del público parisiense por las picardías distinguidas, por las elegancias del género canalla, por lo falso y lo equívoco

en materia de hermosura y de gracia, en una palabra, ese gusto por las cantantes de café concierto y por los *couplets* de opereta.

Cada vez que una de las combatientes se tiraba á fondo, un estremecimiento de júbilo se apoderaba del público. La que tenía vuelta hacia la sala la espalda.

una espalda por cierto bien repleta, fijaba la atención de tal manera que las bocas se abrían y se redondeaban los ojos, y no era seguramente lo que más se miraba el diestro ejercicio de las muñecas.

Ambas jóvenes fueron frenéticamente aplaudidas.

Siguió un asalto de sable, pero nadie prestó atención, pues toda ella estaba cautivada por lo que pasaba en el piso de encima. Durante algunos minutos se había notado un ruido enorme de muebles como si se arrastrasen por el suelo para desocupar las habitaciones, luego sonaron las teclas del piano y en seguida el movimiento acompasado de los pies saltando cadenciosamente. La gente de arriba se regalaba con un baile para resarcirse del desencanto que les producía no poder ver nada de lo que pasaba abajo.

Entonces se promovió alegre algarada en el público de la sala de armas, las mujeres entraron inmediatamente en deseo de bailar y, prescindiendo de cuanto en la plataforma se hacía, comenzaron á hablar en voz alta.

Era verdaderamente una idea feliz la del baile organizado por los de arriba. Seguramente que aquéllos habían encontrado el recurso de no aburrirse y todo el mundo hubiera querido encontrarse allí para imitarlos.

Pero dos nuevos combatientes acababan de saludarse, y tal maestría y autoridad emplearon al ponerse en guardia, que las miradas de todo el público siguieron sus movimientos.

Se tiraban á fondo y se enderezaban luego con una gracia verdaderamente fina y elástica y con un vigor mesurado y seguro; y tal seguridad de fuerza, tal sobriedad de movimientos, tal precisión de escuela

demonstraron, que la multitud ignorante quedó como sorprendida y encantada de aquel juego de destreza y de elegancia.

Su prontitud serena, su flexibilidad sabia y precisa, sus rápidos movimientos tan calculados que parecían lentos, fijaban y cautivaban la mirada por su perfección misma. El público se penetró pronto de que en todo aquello había algo de hermoso y de raro, de que eran dos grandes artistas en su oficio que mostraban todo lo que había de mejor, todo lo que de habilidad, de ciencia razonada, de destreza física era dado desplegar á dos grandes maestros.

Nadie hablaba ya, tanta era la atención con que se les miraba. Después y así que tras el último botonazo se dieron la mano, estallaron los bravos y los hurras. Se les aclamó ruidosamente y se golpeaba en el suelo y se gritaba para celebrar su triunfo. Todo el mundo conocía sus nombres: eran Sergent y Ravignac.

Los espíritus exaltados se hicieron pendencieros y había hombres que miraban á sus vecinos con deseos de disputa. Por una simple sonrisa se habrían provocado unos á otros, y hasta algunos que jamás habían tenido en la mano un florete, delineaban con los bastones ataques y paradas de esgrima.

Pero poco á poco la gente subía por la escalerilla de caracol. Al fin había llegado el momento de beber. La indignación llegó á su colmo cuando los de abajo se encontraron con que los bailarines habían desbalijado completamente el *buffet* y marchándose luego refunfunando á pretexto de que no era correcto molestar á doscientas personas para no mostrarles nada.

No quedaba ni una sola pasta, ni una gota de champagne, de jarabe ni de cerveza, ni un bombón, ni una

fruta, no quedaba nada de nada. Todo había sido saqueado, asolado y limpiado enteramente.

El público se hacía referir los detalles por los domésticos, quienes al referirlos adoptaban una expresión de tristeza aunque disimulando un deseo vivísimo de reír á carcajadas. Las señoras, referían los criados, eran las más rabiosas por comerse y beberse todo y habían comido y bebido hasta ponerse enfermas.

Aquello parecía el relato de los sobrevivientes al saqueo y pillaje de una población invadida por un cuerpo de ejército enemigo.

Fué preciso resignarse. Algunos caballeros sentían los veinte francos dados en la colecta, y otros se indignaban al ver que los de arriba se hubieran regalado con una francachela sin pagar un cuarto.

Las damas protectoras habían recogido más de tres mil francos, de los cuales, deducidos los gastos, quedaron doscientos veinte como beneficio líquido para los huérfanos del 6º distrito.

Du Roy, que escoltaba á la familia Walter, esperó su landó.

Al conducir hasta su casa á la señora de su director, iba sentado enfrente de ella y todavía una vez más se encontró con la mirada cariñosa y fugitiva de la dama:

«Canario, creo que muerde el anzuelo», pensaba el periodista, y sonreía al reconocer que verdaderamente tenía fortuna con las mujeres, pues M^{me} de Marelle desde que de nuevo habían vuelto á las relaciones parecía amarle con frenesí.

Aquella noche entró en su casa con alegre talante. Magdalena le esperaba en el salón.

— Hay cosas nuevas, le dijo ella. Lo de Marruecos se complica. Pudiera muy bien suceder que Francia en-

viase allí una expedición dentro de algunos meses. En todo caso se va á utilizar esto para hacer caer al ministerio, y Laroche se aprovechará de la ocasión para que-darse con Negocios Extranjeros.

Du Roy fingió no creer nada sin otra razón para ello que el deseo de molestar á su mujer. No habrá nadie tan loco, decía, que piense en otra tontería como la de Túnez.

Su mujer se encogía de hombros con impaciencia :

— Te digo que sí, le repetía. Tú no comprendes entonces que es para ellos una gran cuestión de dinero. Hoy, amigo mío, en las combinaciones políticas no puede decirse como otras veces : « Qué mujer hay en todo esto », sino « de qué negocio se trata ».

— Bah, murmuró Du Roy con aire de desprecio para excitar á su mujer, que se irritaba más y más.

— ¡ Vaya ! eres tan cándido como Forestier, dijo ella queriendo lastimarle y esperándose un arrebató de cólera.

Pero él sonrió :

— ¿ Quién ? ¿ ese cornudo de Forestier ?

Magdalena permaneció como sobrecogida un instante :

— ¡ Jorge ! murmuró.

Du Roy mostraba un aire insolente y zumbón :

— Y bien ¿ qué ? ¿ No me has declarado tú misma la otra noche que Forestier era cornudo ?

Y luego con un tono de profunda lástima añadió :

— ¡ Pobre diablo !

Su mujer le volvió la espalda como desdenando responderle, y al cabo de un minuto le dijo :

— El martes tendremos gente á comer : Vendrá M^{me} Laroche-Mathieu con la vizcondesa de Percemur.

¿Quieres tú invitar á Rival y á Norberto de Varenne? Yo iré mañana á casa de M^{me} Walter y de M^{me} de Marelle y tal vez tendremos también á M^{me} Rissolin.

Desde hacia algún tiempo Magdalena se procuraba relaciones utilizando la influencia política de su marido para llevar á su casa, de grado ó por fuerza, á las señoras de los senadores y de los diputados que tenían necesidad del apoyo de *La Vida Francesa*.

— Está bien, respondió Du Roy. Yo me encargo de Rival y de Norberto.

Jorge estaba contento y se frotaba las manos de gusto por haber encontrado una buena matraca con que fastidiar á su mujer y satisfacer el odio sombrío y los celos confusos y mortificantes que habían nacido en él la noche del paseo por el bosque de Bolonia. Nunca hablaría ya de Forestier sin calificarle de cornudo. Comprendía bien que aquello concluiría por volver á Magdalena rabiosa, y durante aquella noche encontró medio de decir lo menos diez veces y con una candidez irónica « el cornudo de Forestier ».

Ya no es que odiaba al muerto sino que le vengaba.

Su mujer fingía no oirlo y permanecía enfrente de él sonriente y afectando indiferencia.

Como al día siguiente Magdalena debía ir á casa de M^{me} Walter para invitarla, Jorge quiso anticiparse á ella para encontrar sola á su directora y ver si realmente estaba enamorada de él. Aquello le divertía y le lisonjeaba. Y después de todo, ¿por qué no, si era posible?

Á las dos de la tarde se presentó en el bulevar Malesherbes. Se le hizo entrar en un salón y esperó á que apareciese M^{me} Walter, quien con la mano alargada ya y con un apresuramiento de verdadera satisfacción, se dirigió á Du Roy :

— ¿Qué dichosa idea le trae á Vd. por mi casa? dijo M^{me} Walter.

— El deseo de ver á Vd. Una fuerza me ha empujado á su casa, y aquí me tiene Vd. sin saber porqué y sin tener nada que decirle. ¿Me perdonará Vd. esta visita inesperada y lo mismo la franqueza de la explicación?

El periodista decía esto en un tono galante y jovial y con la sonrisa en los labios, al mismo tiempo que daba á su voz un acento de seriedad.

La señora manifestaba en la expresión su éxtrañeza, y un poco ruborizada balbuceaba:

— Pero... verdaderamente... no comprendo... me deja Vd. sorprendida...

— Es una declaración hecha en tono de broma para no alarmarla á Vd.

Ella tomó la cosa también con tono de broma.

— ¿Conque entonces es una declaración... seria?

— Completamente seria. Hace mucho tiempo, pero muchísimo tiempo, que quería hacérsela y nunca me atrevía. Tiene Vd. tal fama de severa y de rígida.

M^{me} Walter había recobrado su serenidad.

— ¿Y cómo es que ha elegido Vd. el día de hoy?

— No lo sé, respondió Du Roy.

Y bajando luego la voz añadió:

— Pero mejor dicho porque desde ayer no hago más que pensar en Vd.

La señora palideció de pronto y balbuceó:

— Vamos, vamos, dejemos las niñerías y hablemos de otra cosa.

Mas Du Roy había caído ya á sus rodillas y tan bruscamente que M^{me} Walter tuvo miedo. Hizo esfuerzos por levantarse, pero el joven la tenía sujeta fuertemente

con los dos brazos enlazados á la cintura, en tanto que con voz apasionada la repetía:

— Sí, es cierto que la amo y la amo locamente desde hace mucho tiempo. No me responda. ¿Qué quiere Vd.? Estoy loco, pero la amo, la amo... lo que Vd. no puede imaginarse.

La señora se sofocaba jadeante, trataba de hablar sin poder pronunciar una palabra, le rechazaba con las dos manos, y hasta le cogió del pelo para impedir el contacto de aquella boca que sentía aproximarse á la suya.

Se revolvía de derecha á izquierda y de izquierda á derecha con movimientos rápidos y cerrando los ojos para no verle, pero Du Roy la acariciaba, la tocaba á través del vestido y la palpaba con apasionamiento, y ella se sentía desfallecer ante aquella caricia brutal y fuerte. Bruscamente el



joven se levantó y quiso abrazarla, pero la señora que se vió un segundo libre logró escaparse y, echándose hacia atrás, se fué defendiendo de butaca en butaca.

Jorge encontró ridícula aquella persecución y se dejó caer en una silla, apoyando la cara en ambas manos y fingiendo sollozos convulsivos.

Luego se levantó de pronto y exclamando :

— Adiós, adiós, salió de la estancia.

Tranquilamente tomó su bastón en el vestíbulo y al ganar la calle se dijo :

— ¡Caracoles! yo creo que la partida está ganada.

Inmediatamente se dirigió al telégrafo para enviar á Clotilde un pequeño azul dándole cita para el día siguiente.

Cuando á la hora de costumbre entró en su casa, preguntó á su mujer :

— Y bien ¿tienes toda tu gente esta noche para comer?

— Sí, respondió ella. Únicamente M^{me} Walter es la que no está segura de hallarse libre. Ha manifestado como cierta vacilación y me ha hablado de no sé qué, de compromisos de conciencia ; en una palabra, la he encontrado muy original, pero así y todo creo que vendrá.

Du Roy se encogió de hombros :

— Seguramente, ¡pardiez! ¡no ha de venir!

Sin embargo, él no las tenía todas consigo y estuvo inquieto hasta el día de la comida.

Por la mañana mismo Magdalena recibió dos palabras de la directora :

« Aunque á duras penas he conseguido estar libre y seré con Vds. Pero no podrá acompañarme mi marido. »

Du Roy pensó :

« Qué magníficamente he obrado no volviendo. Ya está tranquila. Mucho cuidado ahora. »

Y esperó con alguna zozobra el momento de su llegada. M^{me} Walter se presentó muy tranquila, algo fría y un tanto altiva. Du Roy estuvo humilde, discreto y sumiso.

M^{mes} Laroche-Mathieu y Rissolin acompañaban á sus maridos. La vizcondesa de Percemur habló del gran mundo. M^{me} de Marelle estaba encantadora con un traje de una fantasía singular, un traje español, negro y amarillo, que la moldeaba admirablemente la cintura, el pecho y los brazos, y daba una expresión enérgica á aquella cabeza de chorlito.

Du Roy habíase colocado á la izquierda de M^{me} Walter y durante la comida únicamente la habló de cosas serias con un respeto exagerado. De tiempo en tiempo miraba á Clotilde y pensaba : « Verdaderamente esa es más hermosa y más fresca » y dirigía luego la mirada hacia su propia mujer á quien tampoco encontraba mal por más que contra ella guardase todavía una cólera tenaz y pérfida.

Pero la directora le excitaba por la dificultad de la conquista y por la novedad siempre deseada de los hombres.

Ella manifestó deseo de retirarse temprano.

— Yo la acompañaré á Vd., dijo Du Roy; y como M^{me} Walter rehusase, insistió :

— ¿Por qué no quiere Vd.? Piense en que eso me lastimaría vivamente, haciéndome creer que no me ha perdonado todavía. Ya ve qué tranquilo estoy.

— Sí, pero Vd. no puede abandonar á sus invitados de ese modo.

— ¡Bah! dijo el periodista sonriendo. No estaré ausente más de veinte minutos, y no se notará siquiera. Si Vd. rechaza mi ofrecimiento, eso me va á herir profundamente, hasta el corazón.

— Bueno, pues acepto; murmuró ella.

Pero así que se encontraron en el coche, Du Roy le tomó la mano y la besó con pasión :

— ¡Oh! déjeme decirle que la amo, que la amo locamente. No la tocaré, pero déjeme decirle que la amo.

— ¡Oh!... balbuceaba la señora, después de lo que Vd. me ha prometido... eso no está bien...

Él fingió entonces un gran esfuerzo sobre sí y con voz como contenida, continuó :

— Está bien, ya ve cómo me domino. Y sin embargo... Pero déjeme decirle solamente... que la amo... y déjeme repetírselo todos los días... Sí, déjeme ir á su casa para arrodillarme cinco minutos á sus pies y pronunciar esas tres palabras « yo la amo » para mirar esa cara que tanto adoro.

M^{me} Walter le había abandonado la mano y respondió casi sin aliento :

— No, no puedo, no quiero. Piense Vd. en lo que se diría, piense en mis criados, en mis hijas. No, no, imposible...

— ¡Oh! volvió á decir Jorge. Yo no puedo vivir sin verla. Que sea en su casa, que sea en otra parte es necesario que yo la vea, siquiera sólo sea un minuto todos los días, que toque su mano, que respire el olor de su vestido, que contemple las líneas de su cuerpo y esos hermosos ojos que me enloquecen.

La señora escuchaba estremecida aquella trivial música de amor y tartamudeaba :

— No..., no..., imposible... ¡Cállese, cállese!

Du Roy continuaba hablándola pero ahora la hablaba al oído, comprendiendo que era preciso conquistar poco á poco á aquella mujer sencilla y que era preciso decidirla á que diera una cita, primero donde ella dijera y en seguida donde á él le conviniese ..

— Escúcheme, insistió el periodista. Es preciso... la veré á Vd... la esperaré delante de su puerta... como espera un pobre... Si Vd. no baja, subiré á su casa... pero la veré... mañana.

— No, no venga, repetía la señora. No le recibiré. Piense Vd. en mis hijas.

— Entonces dígame dónde la encontraré... en la calle... no importa dónde... á la hora que Vd. me diga... con tal de que la vea... La saludaré y la diré « la amo » y me iré luego.

Ella vacilaba ya, desatinada y confusa, y como el coche llegaba á la puerta de su hotel, murmuró muy de prisa :

— Está bien, entraré en la Trinidad mañana á las tres y media.

Después y apenas se hubo bajado, dijo á su cochero :

— Conduzca Vd. á Mr. Du Roy á su casa.

— ¿Dónde has estado? le preguntó Magdalena así que le vió entrar.

— He ido hasta el telégrafo á poner un despacho urgente, respondió Du Roy.

M^{me} de Marelle se acercaba en aquel momento :

— Buen Mozo ¿usted me acompañará hasta mi casa? ya sabe que no vengo á comer tan lejos sino con esa condición.

Y volviéndose hacia Magdalena, le dijo :

— Tú no eres celosa ¿verdad?

M^{me} Du Roy respondió lentamente :

— No lo soy demasiado.

Los convidados se retiraban ya.

M^{me} Laroche-Mathieu tenía el aire de una criadita de provincia. Era hija de un notario y Laroche se casó con ella cuando todavía no era sino un oscuro y mediocre abogado. M^{me} Rissolin era una vieja de grandes

pretensiones que hacía pensar en una de esas parteras cuya educación se hubiese formado en los gabinetes de lectura. La vizcondesa de Percemur contemplaba desde su altura á aquellas



dos mujeres como si su «pata blanca» sintiese repugnancia de tocar aquellas manos vulgares.

Clotilde estaba envuelta en encajes y ya al franquear la puerta de la escalera, dirigió un cumplido á Magdalena:

— Hija mía, tu comida ha sido una cosa perfecta. De aquí á un poco tiempo vas á tener el primer salón político de París.

Y así que se encontró sola con Jorge le estrechó entre sus brazos.

— ¡Oh! querido mío, cada día te amo más.

El coche que los conducía rodaba lentamente como pudiera hacerlo un navío.

— Nuestra habitación vale mucho más que esto, dijo ella.

— ¡Oh, sí! respondió Du Roy, pero en aquel momento pensaba en M^{me} Walter.



IV

La plaza de la Trinidad estaba casi desierta bajo aquel brillante sol de julio. Un calor pesado aplastaba á París, como si de allá, de lo alto cayese sobre la ciudad un aire entorpecido y ardiente, un aire espeso y abrasador que hacía daño en el pecho.

Las fuentes que delante de la iglesia rematan el elegante jardinillo, corrían escasamente, como si ellas también estuviesen cansadas y flojas, y el líquido del estanque en el que flotaban hojas de árboles y trocitos de papel aparecía algo verdoso, espeso y glauco.

Por encima del reborde de piedra un perro había saltado y se bañaba en aquella onda dudosa, y unas cuantas personas que había sentadas en los bancos del pequeño *square* que circunda la portada, miraban al animal con envidia.